

LOS CARACTERES NACIONALES SEGÚN *EN TORNO AL CASTICISMO* DE UNAMUNO

Spanish National Identity in Unamuno's En torno al casticismo

J. A. G. ARDILA

Universidad de Extremadura. Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN: De un tiempo a esta parte, los ensayos *En torno al casticismo* de Unamuno han sido contemplados por parte de la crítica como una suerte de análisis de España. Muy recientemente, las metáforas con que Unamuno ilustró el concepto *intrahistoria* han atraído la atención de Hoyle (2000), quien las ha considerado ejemplos señeros del Modernismo, reavivando así el interés de esta obra. Aunque Ribas (1971) cotejó el concepto *intrahistoria* con el *Volksgeist* de Hegel, *En torno al casticismo* es hora de estudios que escruten la disección del *Volksgeist* español que en ella se ofrece. Este artículo describe el proceso compositivo de *En torno al casticismo*, en función del pensamiento filosófico, historiográfico y político del autor, y pormenoriza la concepción de los caracteres nacionales que Unamuno detalla en esta obra, y la presenta como un eslabón en la sucesión de réplicas y contrarréplicas que Unamuno y Ganivet intercambiaron en sus primeras obras, antes de 1898: *España filosófica contemporánea*, *En torno al casticismo*, *Idearium español* y *El porvenir de España*.

Palabras clave: Unamuno, socialismo, *Volksgeist*.

ABSTRACT: Unamuno's *En torno al casticismo* has often been regarded a work deeply concerned with Spain. Hoyle (2000) has recently argued that some of the metaphors with which Unamuno illustrated his concept *intrahistoria* in *En torno al casticismo* are some of the neatest ones in Spanish Modernism. Albeit Ribas (1971) succeeded in his comparison of Unamuno's *intrahistoria* and Hegel's *Volksgeist*, *En torno al casticismo* wants for a critical analysis of the Spanish

Volksgeist which it presents. The aim of this article is 1) to scrutinise the philosophical, historical and political bias which were influential on Unamuno at the time of writing *En torno al casticismo*, 2) to examine Unamuno's view of the Spanish psychology as it is portrayed in this work, and 3) to present it as a part of the continuum of responses which Unamuno and Ganiwet gave to one another in their earlier works, i.e. in *España filosófica contemporánea*, *En torno al casticismo*, *Idearium español*, and *El porvenir de España*.

Key words: Unamuno, socialism, *Volksgeist*.

*A mis abuelos salmantinos,
el Ilmo. Sr. Juan Garrido y D.^a Áurea Pereña.*

1. ETNOGRAFÍA Y POLITOLOGÍA EN LAS OBRAS FUNDACIONALES DEL 98

En 1998 el *Times Literary Supplement* publicó un artículo, rubricado por John Butt¹, en que se tildaba de lisa e insustancial la investigación en torno al discurrir político, y por añadidura etnográfico, de los miembros de la Generación del 98. Apreciaciones de esta índole habían prosperado a lo largo del último tercio del siglo xx², en respuesta a la percepción diseminada por Pedro Laín Entralgo³, y consolidada por otros como Julián Marías⁴, que presentaba a la Generación del 98 como un movimiento literario consagrado al análisis de la idiosincrasia del pueblo español. Hoy día, el distingo taxativo entre literaturas noventaiochista y modernista, que Guillermo Díaz-Plaja⁵ promulgase, ha quedado desvirtuado por estudiosos como, por ejemplo, Richard Cardwell y Jesús Torrecilla⁶, quienes han cultivado la tesis propuesta por Ricardo Gullón⁷ en torno a la dimensión universalista del grupo del 98. Sin embargo, como propone Jesús Torrecilla, «Lo que podríamos denominar la “contextualización externa” de la Generación del 98 (su proyección sobre una realidad supranacional más amplia) necesita complementarse con su

1. BUTT, John. «Range and Idea: Renewal and the Generation of 98», *Times Literary Supplement*, 1 de agosto de 1998, 4-5.

2. V.g. BUTT, John. «The “Generation of 98”: A Critical Falacy?», *Forum for Modern Language Studies*, xvi, 1980, 136-153.

3. Apud LAÍN ENTRALGO, Pedro. *La Generación del 98*, Madrid: Espasa-Calpe, 1997.

4. MARIAS, Julián. «La voz de Unamuno y el problema de España», *La Torre*, xxxv-xxxvi, 1961, reimpresso en SÁNCHEZ BARBUDO, Antonio (ed.), *Miguel de Unamuno*, Madrid: Taurus, 1990, 35-44.

5. DÍAZ-PLAJA, Guillermo. *Modernismo frente a 98*, Madrid: Espasa-Calpe, 1966.

6. CARDWELL, Richard A. «Modernismo frente a noventa y ocho»: el caso de las *Andanzas* de Unamuno», en N. G. Round (ed.), *Re-Reading Unamuno*, Glasgow: University of Glasgow, 1989; TORRECILLA, Jesús. «Introducción», en TORRECILLA, Jesús (ed.), *La Generación del 98 frente al nuevo fin de siglo*, Amsterdam: Rodopí, 2000, 5-14.

7. GULLÓN, Ricardo. *La invención del 98 y otros ensayos*, Madrid: Gredos, 1969.

8. TORRECILLA, Jesús. *Op. cit.*, 9.

inserción en una tradición española de la que es heredera y con la que comparte buen número de características»⁸.

En efecto, tanta ilicitud entraña despojar a la Generación del 98 de su contextualización externa, como refutar su indubitable compromiso con la realidad española que le era contemporánea. Este dualismo en las miras críticas se puso de manifiesto, por ejemplo, en el volumen *¿Qué es el modernismo? Nueva encuesta, nuevas lecturas*, que acogía posturas contrapuestas al respecto, en una polémica que parecía, acaso, constatar la estolidez de las defenestraciones acometidas por algunos. Allí, mientras Javier Blasco⁹ seguía a vueltas con la deprecación de las posturas de Laín Entralgo y Díaz-Plaja, Patricia McDermott¹⁰ abogaba muy sensatamente por sopesar los componentes exógenos y endógenos que en la obra noventaiochista bullieron. Casi un decenio después, Donald Shaw recordaba que la postura de McDermott coincidía en buena medida con las que él había venido exponiendo, e incidía en que «hay que fijarse en el hecho de que, al fin y al cabo, por lo que [los noventaiochistas] abogaron era por la regeneración espiritual de España, o sea, por la necesidad de recobrar confianza en aquellas así llamadas “ideas madres” o “normas eternas”, las cuales, según ellos, se habían desintegrado en el periodo moderno»¹¹. En esta cita de Shaw puede leerse a las claras el valor verdadero que a España corresponde en la producción literaria del grupo del 98: muy a pesar de la presencia del contexto externo que Torrecilla señala (*supra*), no es menos cierto que algunos escritores noventaiochistas se esforzaron consciente y denodadamente por explorar y sopesar las *ideas madres*, en la terminología ganivetiana, o *normas eternas*, en la unamuniana. Más recientemente, en 1998, y en la tercera edición del ensayo *Juventud del 98*, Carlos Blanco Aguinaga incidía en lo apuntado en la primera edición de 1970: «que es fundamental en la obra de la generación del 98 la preocupación por “el problema de España”»¹², a que apostilla en el «prólogo a la tercera edición»: «en su juventud, los del 98 no fueron los abúlicos “pesimistas” que tan mala prensa han tenido desde, aproximadamente, la década de los sesenta, sino activos escritores preocupados exclusivamente por “la cuestión social” desde perspectivas claramente afines a las organizaciones obreras anarquistas y marxistas de su tiempo»¹³.

En cualquier caso, ponen en tela de juicio el aserto de John Butt (*supra*) respecto de la hipotética insolubilidad de la investigación politológica de los siguientes trabajos publicados antes de la aparición de su artículo en 1998: *¡Muera la inteligencia!*

9. BLASCO PASCUAL, Javier. «De “oráculos” y “cenicientas”: la crítica ante el fin de siglo español», en CARDWELL, Richard A. y MCGUIRK, Bernard (eds.), *¿Qué es el modernismo? Nueva encuesta, nuevas lecturas* (Boulder: Society of Spanish and Spanish American Studies), 1993, 60.

10. McDERMOTT, Patricia. «Modernismo frente a noventaiocho: según las revistas de la época (1897-1907)», en CARDWELL, Richard R. y MCGUIRK, Bernard (eds.), *op. cit.*, 229.

11. SHAW, Donald L. «El 98 y la “conscience malheureuse”», en TORRECILLA, Jesús (ed.), *op. cit.*, 293-301, 294.

12. BLANCO AGUINAGA, Carlos. *Juventud del 98*, Madrid: Taurus, 1998, 41.

13. *Ídem*, 8.

¡Viva la muerte! Salamanca, 1936 de Carlos Rojas¹⁴, *Evolución del pensamiento político de Unamuno* de Manuel Urrutia¹⁵, la «Introduction» de Stephen Roberts¹⁶ a su edición de artículos políticos de Unamuno, o la «Introducción» de Diego Núñez y Pedro Ribas¹⁷ al volumen *Unamuno y el socialismo. Artículo recuperado (1886-1928)*. Después de 1998 se han publicado asimismo «Unamuno and the Restoration Political Project» de Stephen Roberts¹⁸, «Ramiro de Maeztu: *hispanidad* and the Search for a Surrogate Imperialism» de Alistair Hennessy¹⁹, *La política del último Unamuno* de Eduardo Pascual Mezquita²⁰ y mis artículos «El “hacer política” de Unamuno y el punto de vista platónico-kierkegaardiano» y «Politología y recepción política de la obra de Ángel Ganivet»²¹.

Insertas como pudieran estar en su contextualización exterior, las obras noventaiochistas que podrían denominarse *fundacionales*, por ser las primeras de cuantas publicaron los miembros del grupo, antes incluso de 1898, tienen como temática axial la disquisición antropológica y política en torno a España. La cita de Shaw da buena cuenta de ello, toda vez que las *ideas madres* es término acuñado por Ganivet en su *España filosófica contemporánea* cuando corría el año 1889. El conocimiento que Unamuno pudiese tener de las teorías del granadino acaso proviniese de sus conversaciones en Madrid²², mas lo cierto es que las *ideas madres* y la *abulia*²³ ganivetianas se recogen en *En torno al casticismo*²⁴ en 1895, obra a que Ganivet daría, en parte, respuesta en su *Idearium español* de 1897. Se produce, pues, una índole de intertextualidad general entre los primeros escritos de estos dos autores, que se

14. ROJAS, Carlos. *¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte! Salamanca, 1936*, Barcelona: Planeta, 1995.

15. URRUTIA, Manuel M.^º *Evolución del pensamiento político de Unamuno*, Bilbao: Universidad de Deusto, 1997.

16. ROBERTS, Stephen G. H. «Introduction», en UNAMUNO, Miguel de, *Political Speeches and Journalism (1923-1929)*, Exeter: Exeter University, 1996.

17. NÚÑEZ, Diego y RIBAS, Pedro. «Introducción», en UNAMUNO, Miguel de, *Unamuno y el socialismo. Artículos recuperados (1886-1928)*, Granada: Comares, 1997.

18. ROBERTS, Stephen G. H. «Unamuno and the Restoration Political Project: A Re-Evaluation», en HARRISON, Joseph y HOYLE, Alan (eds.), *Spain's 1898 Crisis. Regenerationism, Modernism, Post-Colonialism*, Manchester: Manchester University Press, 2000, 68-104.

19. HENNESSY, Alistair. «Ramiro de Maeztu: *hispanidad* and the Search for a Surrogate Imperialism», en HARRISON, Joseph y HOYLE, Alan (eds.), *op. cit.*, 105-119.

20. PASCUAL MEZQUITA, Eduardo. *La política del último Unamuno*, Salamanca: Anthea, 2003.

21. ARDILA, J. A. G. «El “hacer política” de Unamuno y el punto de vista platónico-kierkegaardiano», *Bulletin Hispanique*, CIV (2001), 155-167; «Politología y recepción política de la obra de Ángel Ganivet», *Hispanic Review*, LXXIV, 1, 2004, 1-28.

22. Acerca de la amistad que Ganivet y Unamuno fraguaron en su época de opositores en Madrid vide, verbigracia, GALLEGO MORELL, Antonio. *Ángel Ganivet, el excéntrico del 98*, Granada: Comares, 1997.

23. Acerca de la abulia en Ganivet vide, *inter alia*, Ricardo Senabre, «Ganivet y el diagnóstico de la abulia», en vv. AA., *Studia hispanica in honorem R. Lapesa*, Madrid: Gredos, 1974, II, 595-599.

24. En realidad, las *ideas madres* de Ganivet se corresponden con las *verdades madres* de Cánovas. Cf. ARDILA, J. A. G. «Politología y recepción política de la obra de Ángel Ganivet», *op. cit.*, 9; Nelson R. Orringer, *Ángel Ganivet*, Madrid: Ediciones del Orto, 1998, 42 y ss.

hizo patente en su amistosa polémica articulista que hoy conocemos en su conjunto como *El porvenir de España*. La conflagración intelectual de ambos ha sido advertida por numerosos filólogos, especialmente por Herbert Ramsden²⁵, pero así también por quien este ensayo suscribe²⁶ o por Pedro Laín Entralgo, quien afirma que «Pese a la accidental discrepancia que existió entre Ganivet y Unamuno acerca de nuestra historia [...], coincide en lo esencial el esquema hermenéutico y estimativo de ambos»²⁷. A día de hoy, y merced a los estudios que en este párrafo y en los precedentes se han referenciado, ha de reconocerse en estas obras fundacionales del 98, i.e. *España filosófica contemporánea*, *En torno al casticismo*, *Idearium español* y *El porvenir de España*, una conspicua enjundia etnográfica y politológica.

2. HISTORIA Y ETNOGRAFÍA: «CÓMO SE ESCRIBE LA HISTORIA»

Algunos años antes de la aparición de *En torno al casticismo*, Unamuno había disertado sobre la conveniencia de abordar el análisis de la historia desde una perspectiva exclusivamente etnográfica. El interés del autor por la etnografía se remonta, empero, a su más temprana actividad intelectual, a su tesis doctoral, de título *Sobre el problema del origen y la prehistoria de la raza vasca*²⁸, en la cual opera con una metodología historiológica de signo positivista que le induce a rechazar de plano los mitos vascongados cantados por Chaho y vindicados por Arana²⁹. Ciertamente es que Unamuno rechaza que el concepto *raza* se restrinja a supuestos de leyenda y defiende que el idioma hace el espíritu de toda raza³⁰. Antes bien, Unamuno considera imperativo estudiar los pueblos en función de sus características psicológicas, y defiende que en esta suerte de análisis ha de situarse el propósito primero de la historia como ciencia, opinión que vertió en un artículo de juventud: «Cómo se escribe y para qué sirve la Historia», publicado en 1889.

En ese texto, Unamuno reflexiona en torno a los vaivenes que han zarandeado la historiología, desde los historiadores clásicos hasta las versiones dramáticas de Thierry, extremos entre los que se encuentran los cronistas medievales, la historia filosófica y dramática, etc. Trascendidas las anteriores tendencias, Unamuno señala la dirección consuetudinaria marcada por Taine y la boga por el estudio de la

25. RAMSDEN, Herbert. *The 1898 Movement in Spain: Towards a Reinterpretation with Special Reference to "En torno al casticismo" and "Idearium español"*, Manchester: Manchester University Press, 1974; vide asimismo, del mismo autor, *The Spanish Generation of 1898*, Manchester: Manchester University Press, 1967.

26. Apud ARDILA, J. A. G. y GANIVET V., Ángel. «Diagnóstico de los españoles y tratamiento para España: Ganivet, la Historia y el siglo XX», *Revista Hispánica Moderna*, LI, 1, 1999, 245-263.

27. LAÍN ENTRALGO, Pedro. *Op. cit.*, 255.

28. Publicada en el volumen VI de las *Obras completas*, Madrid: Escelicer, 1966-1971.

29. Cf. JUARISTI, Jon. *El linaje de Aitor*, Madrid: Taurus, 1987.

30. V.g. en el artículo «La raza es la lengua» de 1932, en *Enseño de una patria*, Valencia: Pre-textos, 1987, donde afirma que «La raza espiritual, histórica, humanamente nos la da el habla, el lenguaje», (121).

«psicología viva»³¹ del individuo, esto es, la sociología. Proclama la necesidad que en el concierto historiológico de la época se tiene de estudiar las ideas y su desarrollo a través de las edades y en función de los pueblos que las fraguaron, para lo cual es menester «conocer la vida de un pueblo [...] conocer científicamente el teatro de los sucesos, el país, el clima, su influencia en la raza, luego ésta, que es el actor, su constitución física y espiritual, su temperamento, su carácter; el medio además, los pueblos que le rodean, la acción de éstos»³². Y propone como ejemplo de este género de investigación historiológica la *Historia de la literatura inglesa* de Taine, por cuanto su autor la eleva de la superficie científica mediante un andamiaje de «ciencia psicológica y sociológica»³³ que le permite contemplar nítidamente la vida de una «raza»³⁴. De otra parte, Unamuno lamenta que esta línea de investigación marcada por Taine hubiese obtenido escaso eco en España, donde se perseveraba en no reconocer «que querer historiar sin una fuerte preparación en ciencias antropológicas es querer saber bien física sin haber estudiado matemáticas»³⁵. Privilegia Unamuno de este modo un estudio de la psicología de los pueblos, lo que la ciencia alemana denominó *Volkerpsychologie*, que no es «sino historia positiva y científica, psicología y sociología de un pueblo»³⁶.

Cerraba Unamuno el artículo «Cómo se escribe y para qué sirva la Historia» instando a «comprender la indagación sería del carácter de nuestro pueblo»³⁷, que es el modo idóneo de «saber hacer historia»³⁸. Toda vez que este texto fue publicado en el diario *El Porvenir Vascongado* y que hasta su llegada a Salamanca en 1891 los intereses intelectuales de Unamuno se habían centrado (por medio de su tesis doctoral y de sus estudios filológicos sobre el vascuence) en el pueblo vasco, el lector contemporáneo habrá de inferir que al escribir «de nuestro pueblo», el autor se refería a los oriundos de su tierra natal. En cualquier caso, en este artículo, el joven columnista vierte sin ambages su concepción de la historiología como ciencia eminentemente antropológica, en el sentido que también hoy se da a la etnografía y, más concretamente, orientada al estudio de la conformación de la psicología de los pueblos merced a los condicionantes del entorno. Este fue, *grosso modo*, el objeto de su tesis doctoral, en que refutaba la concepción de una raza vascongada. No obstante, ha de tenerse muy en cuenta que, para Unamuno (*vide supra*), la raza la hace el idioma. El estudio historiológico que Unamuno reclama no tiene por objeto las razas, sino los pueblos y la conformación psicológica, que no genética,

31. UNAMUNO, Miguel de. «Cómo se escribe y para qué sirve la Historia», en NÚÑEZ, Diego y RIBAS, Pedro (eds.), *Unamuno y el socialismo. Artículos recuperados (1886-1928)*, Granada: Comares, 1998, 83.

32. *Ídem*, 84.

33. Loc. cit.

34. Loc. cit.

35. *Ídem*, 85.

36. *Ídem*, 88.

37. *Ídem*, 98.

38. Loc. cit.

de los mismos. A tenor de la lectura de «Cómo se escribe y para qué sirve la Historia», la razón de *En torno al casticismo* se revela evidente, pues en este texto se elabora una reflexión de orden etnográfico por la cual había abogado apenas cinco años antes, esto es, la contemplación de la psicología del pueblo castellano (que Unamuno descubre a su llegada a Salamanca) en función de su gestación a lo largo de los siglos en un contexto geográfico determinado.

De esta suerte, ha de reconocerse el germen de la Generación del 98 en el análisis de la realidad de España que Ganivet ensaya en *España filosófica contemporánea* en 1889, que Unamuno continúa en *En torno al casticismo*, que Ganivet prosigue dos años después en el *Idearium*, hasta dar en *El porvenir de España* —producción que se vio truncada, acaso, por el prematuro fallecimiento de Ganivet en el año de la pérdida de las colonias—. Por consiguiente, el llamado Desastre del 98 no sería, en rigor, el hito histórico que impeliera el tormentoso apasionamiento que azotó y azuzó los caletres noventaiochistas: antes de 1898, Ganivet y Unamuno (como muchos otros) eran ya conscientes de una aguda crisis española, que había carcomido las entrañas del país en todos los órdenes, a saber, el económico, el militar, el social, etc. Así las cosas, aun siendo *En torno al casticismo* la más excelente de las cuatro obras noventaiochistas anteriores a 1898, las interpretaciones de las ideas que Unamuno despliega en sus ensayos no han sido especialmente prolijas: aparte del estudio de la influencia de Taine, de un lado se ha dragado el calado de la metáfora del mar con que se ilustra el concepto *intra-historia* y de otro se han analizado las analogías entre la intrahistoria y el *Volksgeist*. Mas sólo de soslayo ha reparado la crítica en el retrato que Unamuno pinta del modelo psicológico español (*infra*).

3. VOLKSGEIST Y CARACTERES NACIONALES

En la segunda de las dos introducciones con que se abre el volumen *Spain's 1898 Crisis*, Alan Hoyle dedica ocho densas páginas a *En torno al casticismo*, a lo largo de las cuales reflexiona por extenso acerca de la metáfora del mar. Inicia sus divagaciones el filólogo manchesteriano advirtiendo que Unamuno propone la existencia de una tradición histórica dual, escindida en la tradición de la clase dominante y en la tradición del pueblo. Hoyle desentraña el valor de la tradición popular, ilustrado por medio de la metáfora del mar³⁹, que proclama como «one of the

39. Que me permito recordar:

Las olas de la historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del «presente momento histórico», no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura no mayor con respecto a la vida intrahistórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro. Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países

greatest passages of Spanish modernism»⁴⁰, privilegiando el valor estilístico que le concediesen otros críticos⁴¹. Sobre las metáforas del cosmos y el nimbo, indica Hoyle, Unamuno construye en el segundo ensayo «some kind of scientific basis to the concept of a collective consciousness»⁴². Ambas alegorías, así la marítima como la cósmica, poseen una gran relevancia en el concierto del libro, por cuanto en la primera expone Unamuno su percepción de la intrahistoria en referencia expresa a la historia, y en la segunda se describe la psicología de los pueblos. Hoyle relaciona ambas con los párrafos concluyentes —en que se menciona una vez más el nimbo—, y reconoce en Unamuno plena conciencia de la dificultad de definir el carácter de un pueblo, toda vez que los pueblos se hallan inmersos en una sempiterna palingenesia. En función de ello explica Hoyle:

most commentators ignore this because the common consensus is to excoriate Unamuno and the 98 for inventing the myth of a simple fixed permanent national character ... when what we see here is a metaphor unfixing the idea of national character, opening it up to multiple connotations, surrounding it with a rich penumbra or nimbus⁴³.

Por lo general, *En torno al casticismo* es recordado por su tratamiento del concepto *intrahistoria* —que Jon Juaristi⁴⁴ ha atribuido a Navarro Villoslada, quien, inspirado en los ciclos históricos de Vico, lo habría definido unos cincuenta años antes de Unamuno—. Algunos críticos han abordado la correspondencia entre intra-

del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madreporas suboceánicas echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia (49-50).

En adelante, todas las referencias a *En torno al casticismo* procederán de la edición de Luciano González Egido para la colección Austral de Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

40. HOYLE, Alan. «Introduction: The Intellectual Debate», en HARRISON, Joseph y HOYLE, Alan (eds.), *op. cit.*, 9-51, 23.

41. A saber: ROUND, N. G. «Approaches to the 1898 Generation», *Vida Hispánica*, XXIV, 2 (1976), 5-14, y CALVO CARILLA, J. L. *La cara oculta del 98: místicos e intelectuales en la España de fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, 1998, 410-412.

42. HOYLE, Alan. *Op. cit.*, 21. El pasaje a que Hoyle se refiere reza:

En nuestro mundo mental flotan grandes nebulosas, sistemas planetarios de ideas entre ellas, con sus soles y sus planetas, y satélites y aerolitos y cometas erráticos también; hay en él mundos en formación y en disolución otros, todo ello en un inmenso mar etéreo, de donde brotan los mundos y adonde al cabo vuelven. El conjunto de todos estos mundos, el universo mental, forma la conciencia, de cuyas entrañas arranca el rumor de la continuidad; el hondo sentimiento de nuestra personalidad. En lo hondo, el reino del silencio vivo, la entraña de la conciencia; en lo alto, la resultante en formación, el yo consciente, la idea que tenemos de nosotros mismos [...] Sobre estas sugerencias metafóricas medite el lector poniéndose en camino de ver cómo se producen la abstracción y la generalización, no por vía de remoción y exclusión tan sólo, sino fundiendo lo semejante en el nimbo de lo semejante. Nimbo o atmósfera ideal que es lo que da carne y vida a los conceptos, lo que los mantiene en conexión, lo que los enriquece poco a poco, irrumpiendo en ellos desde sus entrañas (82-83).

43. HOYLE, Alan. *Op. cit.*, 22.

44. JUARISTI, Jon. *La tradición romántica. Leyendas vascas del siglo XIX*, Pamplona: Pamiela, 1986, 16-17.

historia y *Volksgeist*, voz germana que significa, literalmente, *espíritu del pueblo*. En fechas recientes, Francisco la Rubia se ha valido del término *Völkerpsychologie* (i.e. psicología de los pueblos) en su estudio de la obra unamuniana y ha afirmado que la intrahistoria como «noción del espíritu popular, al que siempre se podría volver en busca de la regeneración nacional, proviene en Unamuno de la *Völkerpsychologie*, o psicología de los pueblos»⁴⁵. El estudio más extenso acerca del valor de la intrahistoria en el volumen que ahora nos ocupa corresponde a Pedro Ribas en su artículo «El *Volksgeist* de Hegel y la intrahistoria de Unamuno»⁴⁶. Ribas plantea la posible influencia de Hegel en la obra de Unamuno, y procede con más pausa a escrutar las analogías entre el *Volksgeist* hegeliano y la intrahistoria de Unamuno. Acomete así una lectura detallada de *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte* de Hegel y define el *Volksgeist* como «aquello de que procede cada individuo y en lo cual vive. Por tanto, cada miembro del pueblo es representante de este espíritu»⁴⁷, a que se superpone el *Weltgeist*, o *espíritu del mundo*, esto es, el espíritu de la entera humanidad. En la terminología unamuniana, el *Volksgeist* se correspondería con el *carácter nacional* de un pueblo y el *Weltgeist* con la *tradicción eterna*. Recurriendo a la metáfora marina del capítulo I, Ribas conviene:

En resumen, la historia presentaría, según la visión unamuniana de *En torno al casticismo*, un doble estrato:

- Por una parte la tenue superficie externa del momento presente o de lo más visible de la historia. Es la historia en el sentido unamuniano.
- Por otra, el sustrato que subyace a la superficie externa. Es la tradición, cuyo grosor, comparado con el de aquélla, es inmensamente mayor. Es la tradición que Unamuno traduce por intrahistoria⁴⁸.

Esta distinción entre intrahistoria e historia no coincide, *sensu stricto*, con la relación que Hegel atribuía a *Volksgeist* y *Weltgeist*⁴⁹, puesto que mientras que para el escritor español cree que la intrahistoria constituye el azogue de la tradición eterna, para el alemán la eternidad reside en la historia misma. Unamuno cree, además, que la casta se perpetúa a lo largo de los siglos, moldeándose en el nimbo del tiempo; Hegel es de la opinión de que los *Volksgeister* se extinguen generando otros *Volksgeister*.

45. RUBIA, Francisco la. *Unamuno y la vida como ficción*, Madrid: Gredos, 1999, 25, nota 9. Vide del mismo crítico *Alegorías de la voluntad. Pensamiento orgánico, retórica y deconstrucción en la obra de Miguel de Unamuno*, Madrid: Libertarias/Prodhufi, 1996, 29-49; «*Völkerpsychologie* y filosofía orgánica en la obra de Miguel de Unamuno (1884-1894)», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, XXIX (1994), 123-142.

46. RIBAS, Pedro. «El *Volksgeist* de Hegel y la intrahistoria de Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, XXI, 1971, 23-33.

47. *Ídem*, 24.

48. *Ídem*, 29.

49. Por lo que Pedro Ribas propone un influjo de las ideas de Proudhon en lugar de las de Hegel, como ya hiciera Antonio Regalado García, *El siervo y el señor*, Madrid: Gredos, 1968, 37.

Sólo un año después de la publicación del artículo de Ribas, Ciriaco Morón Arroyo⁵⁰, como respuesta a las tesis de Manuel Pizán⁵¹ respecto del influjo de Hegel en Unamuno, ofrecía una nueva exégesis del concepto *intrahistoria*. Morón Arroyo distingue un total de cuatro «elementos definidores»⁵² de la intrahistoria: 1) la dualidad tiempo-eternidad, esto es, que «La historia es lo temporal y cuenta lo temporal; la intrahistoria es lo eterno, lo que está bajo la división del pasado, presente y futuro, para ser instantáneamente actual»⁵³; 2) el perfecto engarzamiento de la experiencia intrahistórica con la tradición; 3) la identificación de los valores positivos de la intrahistoria con el pueblo, y 4) la calidad sustantiva de la intrahistoria en la historia. En consecuencia postula Morón Arroyo:

La intrahistoria es un concepto inmensamente equívoco porque contiene en sí el elemento «humanidad», el ideal de la historia que había creado el racionalismo a partir del siglo XVIII, y que debía conseguirse como obra del espíritu y la cultura; y al mismo tiempo identifica esa «humanidad» con el pueblo inculto y primitivo; esa unión del filósofo krausista con el filólogo romántico es contradictoria⁵⁴.

4. SOCIALISMO E INTRAHISTORIA

No obstante lo anterior, toda exégesis de *En torno al casticismo* habrá de beneficiarse en mucho de una lectura que considere el pensamiento intelectual de Unamuno en los meses de su redacción, esto es, en la primera mitad de 1895, periodo en que, como demuestra su producción articulista y epistolar, y quienes la han estudiado (*vid. infra*), se hallaba inmerso en la asimilación del marxismo. En efecto, Carlos Blanco Aguinaga⁵⁵ ha advertido el socialismo latente en los ensayos *En torno al casticismo*, y Manuel Tuñón de Lara⁵⁶ ha observado la revulsión contra el tradicionalismo en ellos inmanente. Aun cuando ha resultado imposible cifrar con toda certeza el conocimiento que de la obra de Marx tuviese Unamuno en 1895⁵⁷, lo

50. MORÓN ARROYO, Ciriaco. «Unamuno y Hegel», *Crisis. Revista Española de Filosofía*, XIX, 1972, reimpreso en SÁNCHEZ BARBUDO, Antonio (ed.), *op. cit.*, 123-180.

51. PIZÁN, Manuel. *El joven Unamuno: influencia hegeliana y marxista*, Madrid: Ayuso, 1970.

52. MORÓN ARROYO, Ciriaco. *Op. cit.*, 161.

53. *Loc. cit.*

54. *Ídem*, 163.

55. BLANCO AGUINAGA, Carlos. «El socialismo de Unamuno: 1894-1897», *Revista de Occidente*, 41, 1966, 166-184, 166: «no sólo fue Unamuno miembro del Partido Socialista, como es sabido, hasta, por lo menos, 1897, sino que en 1894 se declara marxista, escribió en marxista hasta la segunda mitad de 1896 y luchaba todavía por sostenerse en ciertas actitudes neo-marxistas cuando le llegó la crisis de 1897. Toda su obra publicada entre 1894 y 1897 lo revela, *En torno al casticismo* inclusive».

56. TUÑÓN DE LARA, Manuel. *Unamuno en la crisis de fin de siglo*, Madrid: Edicusa, 1974, 156: «Estos cinco artículos cuentan, probablemente, entre los escritos más demoledores de los valores tópicos del viejo "orden ideológico", aunque forzosamente acareen entre sus materias primas nuevas algunos viejos elementos».

57. Cf. BLANCO AGUINAGA, Carlos. «De nuevo: el socialismo de Unamuno, 1894-1897», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, XVIII, 1968, 5-48, que es base para «El socialismo de Unamuno, 1894-1897», en *Juventud del 98*, *op. cit.*, 75-134.

cierto es que en ese periodo socialista del autor, su ideología política y su formación filosófica se concomitan inevitablemente. Ello es de gran relevancia para el estudio de *En torno al casticismo* puesto que para entender su concepción del socialismo ha de entenderse asimismo su posicionamiento ante la ciencia y el racionalismo.

El estudio del *Volksgeist* se remonta a los estudios de Herder y otros filósofos alemanes, y gozó de una profunda atención crítica después de Hegel (v.g. de las plumas de Steinthal, Lazarus y Waits y otros psicólogos alemanes). La concepción de un *Volksgeist*, tal como lo concibieron Herder y sus seguidores, era esencialmente antirracionalista, como antirracionalista era el proceder filosófico de Unamuno al cabo de 1895. Blanco Aguinaga ha señalado una tendencia fundamentalmente cientifista y racionalista en Unamuno entre 1884 y 1894, en su despertar intelectual, que va de Kant a Hegel y, después, a Spencer. La obra de Hegel, explica Blanco Aguinaga, «le abre al joven Unamuno la posibilidad de enfrentarse al mundo racionalmente»⁵⁸, Spencer «viene a ser quien trae la “sensatez” y las posibilidades de aplicación práctica [...] al racionalismo del joven Unamuno»⁵⁹. No en vano, Spencer era una de las lecturas predilectas de los socialistas españoles de fin de siglo, y su método científico positivo se hallaba muy en consonancia con el prurito teorístico de los padres del socialismo español.

De modo y manera que cuando, en 1894, Unamuno remite al director del periódico *La Lucha de Clases* una carta de adhesión a la causa socialista, que sería publicada en primera página y que marcaría el comienzo de la colaboración del joven catedrático con ese rotativo, su discurrir sociopolítico corre por las vías del racionalismo y el cientifismo. Blanco Aguinaga ha señalado cómo en una carta de 1893 a Pedro Múgica, Unamuno tildaba a Marx de «latoso, antipático y sofista»⁶⁰, prefiriendo amamantar su socialismo con el *Progress and Poverty* de Henry George, por parecerle «razonable»⁶¹. Lo cierto es que en 1894, Unamuno solicita a Múgica, residente en Alemania, una copia de *Das Kapital*, por lo que resulta harto calamitoso precisar el conocimiento exacto que pudiese tener de la obra del padre del socialismo. En fin, Blanco Aguinaga observa que «a partir de octubre de 1894 [...] encontramos la primera etapa de la colaboración de Unamuno en *La Lucha de Clases*, durante la cual [...] elogia a Marx y analiza la realidad histórica desde una perspectiva “científica” y “materialista”»⁶².

No obstante, el convencimiento racionalista de Unamuno se quiebra en 1895, meses antes de la redacción de *En torno al casticismo*, como declara el autor en otra carta a Pedro Múgica. En esa misiva, de 22 de mayo de 1895, Unamuno se declara «socialista convencido», mas reprueba a «los que aquí figuran como tales [porque] son intratables; fanáticos necios de Marx, ignorantes, ordenancistas,

58. BLANCO AGUINAGA, Carlos. *Juventud del 98*, op. cit., 80.

59. Loc. cit.

60. *Idem*, 91. Blanco Aguinaga cita de una carta de Unamuno a Pedro Múgica, reproducida en Miguel de Unamuno, *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, Santiago de Chile: Zig-Zag, 1965, 203.

61. Loc. cit.

62. *Idem*, 92.

intolerables, llenos de prejuicios de origen burgués, ciegos a las virtudes y a los servicios de la clase media, desconocedores del proceso evolutivo» y les reprocha muy especialmente su creencia en «la enorme barbaridad de que para ser socialista hay que abrazar el materialismo»⁶³. Es evidente, pues, la disidencia de Unamuno de los socialistas españoles ya a principios de 1895, por lo que Blanco Aguinaga ha localizado entre abril (o enero) de 1894 y mayo de 1895 «una fase de crisis»⁶⁴ que da en «el utopismo del socialismo de Unamuno en 1895»⁶⁵. En efecto, en esa carta del 22 de mayo de 1895, el autor vasco se queja de que los socialistas que le rodean «empiezan a llamarme místico [e] idealista»⁶⁶.

Todo ello indica la superación del cientifismo racionalista y la inmersión en una concepción política utópica e irracionalista. Este giro ha sido advertido por Pedro Cerezo, quien refiriéndose a la crisis que Unamuno experimentó en 1897 explica:

La actitud trágica surge tras la quiebra del racionalismo progresista, bastante confuso (Spencer, Hegel, Marx), y de inspiración vagamente dialéctica, en que se encontraba Unamuno con anterioridad a la crisis [de 1897]; y en este episodio jugó un papel decisivo la influencia de pensadores pesimistas, y muy especialmente A. Schopenhauer [...] La quiebra le llevó a la vecindad de Kant, verdadero inspirador de la actitud trágica, a través de las lecturas de W. James y A. Sabatier [...] La vuelta a Kant, mediada por Schopenhauer, Nietzsche y Kierkegaard —tres antihegelianos—, le condujo finalmente a una filosofía romántica de la voluntad, plasmada en la acción heroica⁶⁷.

Manuel Urrutia concuerda con Cerezo en que la crisis de 1897 se inicia antes de ese año, y asegura que la renuncia al racionalismo quedó «abierta prácticamente desde 1895»⁶⁸. Así pues, en ese año de 1895 ha de fecharse la apostasía en Unamuno del cientifismo y el racionalismo, hallándose en *En torno al casticismo* el punto de inflexión que marca el final de un periodo y el comienzo del siguiente⁶⁹. La redacción de los ensayos que componen el volumen se realiza, en buena parte, durante el periodo en que cesa la producción articulista para *La Lucha de Clases*, a creer de Blanco Aguinaga⁷⁰ y de Urrutia⁷¹, por razón de la inquina que profesaba a esos socialistas que critica en su carta a Múgica (*supra*) porque le consideran un místico.

Evidentemente, el artículo «Cómo se escribe y para qué sirve la Historia», publicado en 1889, responde a las inquietudes cientifistas de Unamuno, como certifi-

63. UNAMUNO, Miguel de. *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, op. cit., 228-229.

64. BLANCO AGUINAGA, Carlos. *Juventud del 98*, op. cit., 96.

65. *Ídem*, 97.

66. UNAMUNO, Miguel de. *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, op. cit., 229.

67. CEREZO, Pedro. «La génesis de la voluntad trágica y la acción heroica en Miguel de Unamuno», en *Unamuno desde Alemania*, Munich: Spanisches kulturinstitut, 1989, 145.

68. URRUTIA, Manuel M.^a *Op. cit.*, 101.

69. BLANCO AGUINAGA, Carlos. En *El Unamuno contemplativo*, Barcelona: Laia, 1975, 55-101, señala *En torno al casticismo* como el primer texto del Unamuno *contemplativo*, que se opone al racionalista.

70. BLANCO AGUINAGA, Carlos. *Juventud del 98*, op. cit., 117.

71. URRUTIA, Manuel M.^a *Op. cit.*, 56.

entre otras cosas, sus loas a Taine. Blanco Aguinaga ha supuesto (sin referirse a «Cómo se escribe y para qué sirve la Historia») que «aunque [*En torno al casticismo*] se publica en 1895, un año después de las declaraciones marxistas, está concebido antes de 1894»⁷², y, en la correspondencia a Pedro Múgica alude Unamuno en no pocas ocasiones a su interés por el estudio de la psicología de los pueblos⁷³. En efecto, la concepción que Unamuno tenía de la historia en el momento de la redacción de *En torno al casticismo* era esencialmente etnográfica, lo que no le impidió acometer un tratamiento etnográfico de la realidad española desde una perspectiva fundamentalmente irracionalista, y por ello invita al lector: «Entremos ahora en indicaciones que guíen al lector en esta tarea, en sugerencias que le sirvan para ese efecto» (57). «Indicaciones» y «sugerencias» que no constituyen materia racional y científica. En consecuencia, no debe sorprender que, declarándose socialista y viviendo un tiempo en que el socialismo se alimentaba de las teorías racionalistas de filósofos como Spencer —y sin poseer Unamuno, según las investigaciones llevadas a cabo por Blanco Aguinaga, un «serio conocimiento del marxismo»⁷⁴—, Unamuno se desvíe de esas tendencias y entre a analizar el *Volksgeist* (que en Herder es concepto irracional) del pueblo español.

Toman cuerpo los ensayos *En torno al casticismo*, pues, a partir de ideas fraguadas años antes y en el momento en que Unamuno pone un pie en la antesala de su archiconocida crisis de 1897. A pesar de ello, *En torno al casticismo* es obra de un profundo compromiso con el socialismo tal como Unamuno lo entendía, esto es, a lo *místico* en lugar de a lo *científico*. Recuérdese que en la carta de 22 de mayo de 1895 a Múgica, en que renegaba del socialismo que percibía en derredor suyo, Unamuno acusa a los socialistas españoles de racionalistas anclados en los valores de la burguesía. Existe, a mi parecer, un texto clave para entender el propósito que guió a Unamuno en la redacción de *En torno al casticismo*: el artículo «La reforma de la ortografía en la sociedad burguesa», publicado el 7 de enero de 1894 en *El Eco de Bilbao*⁷⁵, donde Unamuno embiste contra las normas ortográficas arbitrarias por resaltar éstas las diferencias entre las clases alta y baja. Arguye el catedrático salmantino que los ricos que saben ortografía desconocen la realidad social, supeditada a los pobres, que ignoran las reglas ortográficas. Estima Blanco Aguinaga que de este texto ha de extraerse que para Unamuno «la idea de historia [...] sólo es posible desde el socialismo»⁷⁶. *En torno al casticismo* presenta la historia de España desde una óptica connaturalmente socialista, puesto que despoja a las clases altas del privilegio de hacer la historia para concedérselo a las clases bajas —del mismo modo que un año antes, en «La reforma de la ortografía en la sociedad burguesa», había sugerido la necesidad de despojar a los ricos del privilegio de la ortografía.

72. BLANCO AGUINAGA, Carlos. «El socialismo de Unamuno: 1894-1897», *op. cit.*, 182, nota 17.

73. Cf. UNAMUNO, Miguel de. *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, *op. cit.*

74. BLANCO AGUINAGA, Carlos. *Juventud del 98*, *op. cit.*, 102.

75. Y reimpresso en *Obras completas*, *op. cit.*, iv, 386-391.

76. BLANCO AGUINAGA, Carlos. *Juventud del 98*, *op. cit.*, 94.

Frente a la historia escrita por la aristocracia y la burguesía, Unamuno reclama el valor de la intrahistoria, que es la historia del pueblo llano, la historia entendida desde una perspectiva puramente socialista. Al estudiar el *Volkgeist* español, Unamuno aborda el análisis del carácter nacional, que ha de procurar necesariamente en la sociedad que, como asevera en «La reforma de la ortografía en la sociedad burguesa», queda conformada por la clase baja. Unamuno se refiere al *Weltgeist*, o (traducido literalmente) *espíritu del mundo*, como la *tradición eterna*. Según se reclama a lo largo y ancho de *En torno al casticismo*, no es lícito al *Volkgeist* desvincularse del *Weltgeist*: el carácter nacional pertenece y es parte inherente de la tradición eterna —i.e. al espíritu del mundo—, y si de la tradición eterna se separa en demasía, le será de obligado cumplimiento aspirar a reencontrarse con ella. Esta vinculación fraternal de todo *Volksgeist* al *Weltgeist* se corresponde, con la noción socialista de la Internacional, a que no era, en absoluto, ajeno Unamuno: en la carta al director de *La Lucha de Clases* proclama: «ha acabado por penetrarme la convicción de que el socialismo limpio y puro, sin disfraz ni vacuna, que inició Carlos Marx con la gloriosa Internacional de trabajadores, y al cual vienen a refluir corrientes de otras partes, es el único vivo de veras, es la religión de la humanidad»⁷⁷. Parece claro, en definitiva, que la intrahistoria es para Unamuno la verdadera historia, que el *Volkgeist* o carácter nacional (i.e. el *Volkgeist*) ha de hallarse en el pueblo (llano), y que los pueblos hacen la tradición eterna (i.e. el *Weltgeist*). Todos estos conceptos resonarían *místicos*, pero están substancialmente comprometidos con el socialismo que Unamuno procuraba.

5. LOS CARACTERES NACIONALES

En consecuencia, Unamuno se entrega al comentario de los caracteres nacionales según los observa en el campesinado castellano porque la clase baja rural hace la intrahistoria y porque Castilla es el alma de España. En los últimos párrafos de sus ensayos *En torno al casticismo*, Unamuno recalca con convencimiento que la identidad psicológica de los españoles se debate en una suerte de nimbo, alejada de la tradición eterna. No creo que pueda negársele a Unamuno el propósito de trazar en los artículos que conforman el libro en cuestión la fisonomía psicológica del pueblo español, atendiendo a la sincronía que lo ha enclaustrado en el fatídico nimbo. Con todo acierto estima Laín Entralgo respecto de *En torno al casticismo* que «Trata [Unamuno] aquí de explicar a los españoles lo que fueron, lo que pudieron ser y lo que entonces están siendo. Sobre todo lo que están siendo»⁷⁸. Y así lo expresa el mismo Unamuno en el cuerpo del texto:

La humanidad es la casta eterna, sustancia de las castas históricas, que se hacen y deshacen como las olas del mar: sólo lo humano es eternamente castizo. Mas

77. Citado en BLANCO AGUINAGA, Carlos. «El socialismo de Unamuno: 1894-1897», *op. cit.*, 168. En el estudio de Blanco Aguinaga se reproduce el texto completo.

78. LAÍN ENTRALGO, Pedro. *Op. cit.*, 236.

para hallar lo humano eterno hay que romper lo castizo temporal y ver cómo se hacen y deshacen las castas, cómo se ha hecho la nuestra y qué indicios nos da de su porvenir su presente. Entremos ahora en indicaciones que guíen al lector en esta tarea, en sugerencias que le sirvan para ese efecto (57).

Este párrafo cierra el primero de los cinco artículos de que consta *En torno al casticismo*. *Grosso modo*, en el capítulo I, de título «La tradición eterna», identifica el autor la semántica de casticismo, divaga acerca de la dicotomía casticismo-europeización, trata la regeneración nacional, delimita los conceptos *intrahistoria* e *historia* y, finalmente, sopesa el valor de la tradición eterna en el momento presente. Al amparo de estas consideraciones generalistas, el libro espiga la historia de Castilla y reflexiona en torno a cómo esta contribuyó a la formación del carácter nacional —en el capítulo II «La casta histórica de Castilla», el capítulo III «El espíritu castellano», el capítulo IV «De mística y humanismo»—, para finalizar con el capítulo V «Sobre el marasmo actual de España», donde se exponen las consecuencias que la psicología nacional tiene en la sociedad española. Unamuno desarrolla en los capítulos II, III y IV la formación de la casta castellana⁷⁹, desde la confluencia de su sustrato étnico de los romanos y los celtas, su modelación por el singular paisaje castellano, la adaptación del mismo a las circunstancias de la Reconquista, su definición en el humanismo y el misticismo, hasta llegar al momento en que escribe.

Así lo entiende Luciano González Egido, quien muy recientemente ha aseverado que «Este libro trata de España, de su conformación histórica y de los elementos fundamentales de su caracterización»⁸⁰, y aduce como evidencia de ello la versión francesa a cargo de Marcel Bataillon, quien a falta de una traducción precisa de la voz *casticismo*, optó por titular el volumen *L'essence de l'Espagne*⁸¹, solución que ulteriormente adoptaría la versión italiana *L'essenza della Spagna*⁸². Este argumento fue esgrimido también por Ernest Curtius en su «Miguel de Unamuno, "Excitator Hispaniae"»⁸³, donde se vindica que los dos objetivos de *En torno al casticismo* son ofrecer «una introducción a la esencia de la españolía» y una «discusión de un

79. En efecto, en las páginas de *En torno al casticismo*, Unamuno desgrana la psicología de los castellanos. De otra parte, es evidente que el retrato que con tanto detalle bosqueja es el del pueblo español, como evidencia el último capítulo «Sobre el marasmo actual de España», que es resultado de todo lo argumentado en los capítulos anteriores. Por esta razón, me referiré al carácter *español* en lugar de *castellano*.

80. GONZÁLEZ EGIDO, Luciano. «Introducción», en Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*, Madrid: Espasa-Calpe, 1998, 9.

81. *L'essence de l'Espagne*, París: Plon, 1923.

82. *L'essenza della Spagna*, Milán: Antonioli, 1945.

83. CURTIUS, Ernst Robert. «Miguel de Unamuno, "Excitator Hispaniae"», *Cuadernos Hispanoamericanos*, LX (1954), 248-263, 249: «Unamuno toma por primera vez el tema [de España] en [...] *En torno al casticismo*. La impecable versión francesa, que Marcel Bataillon publicó en 1923, se titula *L'essence de l'Espagne*, y respeta en el texto las palabras *casticismo* y *castizo*; y con toda razón, por intraducibles, ya que son mismamente la expresión de aquella *esencia española* que el libro de Unamuno pretende fijar y exponer».

problema pedagógico nacional que corresponde a todos los países europeos»⁸⁴. En el texto unamuniano se manifiesta el propósito que subraya Curtius, en concreto en la tercera sección del capítulo I «La tradición eterna». Allí, antes de ensayar su metáfora marina, Unamuno proclama que «Hay una tradición eterna, legado de los siglos, la de la ciencia y el arte universales y eternos» (49), que es, matiza después, «el fondo del ser del hombre mismo» (51); a renglón seguido define la «vida intrahistórica» (50) como «la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madréporas suboceánicas echa las bases sobre las que se alzan los islotes de la historia» (50), especifica que «La tradición vive en el fondo del presente, es su sustancia» (51) y concluye que «La tradición eterna española, que al ser eterna es más bien humana que española, es la que hemos de buscar los españoles en el presente vivo y no en el pasado muerto» (51). Finaliza esa tercera sección del capítulo I:

Este mismo furor que, por buscar lo diferencial y distintivo, domina a los individuos, domina también a las *clases históricas* de los pueblos [...] hay pueblos que se vanaglorian de sus defectos. Los caracteres nacionales de que se envanece cada nación europea son muy de ordinario sus defectos. Los españoles caemos también en este pecado (52).

Pese a la relevancia que el influjo de ideas filosóficas posee en *En torno al casticismo*, y que con tan encomiable denuedo han expuesto críticos como Ramsden y Calvo Carilla⁸⁵, no debe pasarse por alto que el objeto primero de esta obra es la disquisición acerca de los caracteres nacionales, acerca del *casticismo*, que Unamuno define como lo «puro y sin mezcla de elemento extraño» (35), esto es, las cualidades definitorias del carácter español. Comienza, por ello, el capítulo II enfatizando la importancia del conocimiento propio y vuelve de nuevo a insistir en que «En el asunto que nos ocupa aquí, para llegar a lo verdadero de nuestro misticismo, a su roca vida, conviene estudiar cómo se ha formado y revelado en la Historia nuestra casta histórica» (62). En definitiva, *En torno al casticismo* reflexiona acerca de la formación del carácter nacional español en el devenir de la historia universal, o, en la terminología unamuniana, analiza la forja de la casta española en el nimbo de la tradición eterna.

6. EXÉGESIS CRÍTICAS DEL CASTICISMO

Muy a pesar de que las reiteraciones de Unamuno no plantean duda razonable respecto de los objetivos que se fijase, la crítica literaria no ha prestado la debida atención que al escrutinio de los caracteres nacionales corresponde. Ello quizá pueda justificarse en aras de la preeminencia en el gusto de los lectores de hace ahora cien años por obras como *En torno al casticismo*, *Idearium español* y *Hacia otra España*

84. Loc. cit.

85. RAMSDEN, Herbert. *The 1898 Movement in Spain*, op. cit., 28, 78-79; CALVO CARILLA, José Luis. *Op. cit.*, 410-412.

de Maeztu, que después dio en la obsolescencia. Apenas contamos con la disección que Pedro Laín Entralgo aborda en el capítulo «Amor amargo» de su *Generación del 98*⁸⁶, en el cual expone con irrevocable tino la vertebración temática de los ensayos *En torno al casticismo* y elabora una ordenación de los caracteres nacionales que Unamuno fue hilvanando a lo largo de su fecunda producción literaria.

Comienza Laín Entralgo enumerando los rasgos fundamentales que caracterizan a la «vieja casta histórica»: «dogmatismo intelectualista, espíritu inquisitorial, fosilización del espíritu religioso, entendimiento nacionalista del patriotismo y concepción militarista del ejército»⁸⁷. Estas peculiaridades, que impregnan así a los españoles como a las instituciones hispánicas, cuajan en el transcurso de varias centurias, proceso que Unamuno desgrana laboriosamente en las páginas de *En torno al casticismo*; a Laín Entralgo corresponde el haber advertido por primera vez los sesgos con que el autor vasco delimita los estadios en la definición de los caracteres nacionales: el primitivo sustrato latino y céltico; la castellanización de España durante los siglos XVI y XVII, y la posterior españolización de Castilla, hasta dar en los años anteriores a la crisis de 1898. A partir de estos deslindes, Laín Entralgo procede a la disección de la obra unamuniana a fin de identificar los caracteres del casticismo. De la raigambre celtolatina persiste la acusada «tendencia disociativa del casticismo»⁸⁸, que se manifiesta especialmente en las dicotomías brusquedad-indolencia y librearbitrismo-fatalismo⁸⁹. A la disociación sigue «La religiosidad castiza», que es «unitaria y no compleja, teológica y no especulativa, metódica y no espontánea, cuasimaniquea, formulista»⁹⁰. Pasa Laín Entralgo por los siglos de oro y repara en cómo estos atributos del español se fundieron con la tradición eterna, esto es, con la misma esencia humana y universal. Después se distinguen en *La Generación del 98* cuatro «componentes históricos que percibió Unamuno escrutando los senos mismos de España durante la Restauración y la Regencia»⁹¹: 1) los remanentes de la vieja casta, 2) los abortos de europeización, 3) las imitaciones castizas del espíritu europeo, y 4) los esfuerzos de la casta por producir una vida histórica que no vulnere el casticismo.

Todo lo anterior sintetiza Laín Entralgo con referencia expresa a *En torno al casticismo* en el apartado «Peculiaridad del hombre español» de su estudio *Generación del 98*, donde apunta que «Los rasgos psicológicos que Unamuno advierte en el labriego castellano coinciden plenamente con los que descubre en los españoles de los siglos XVI y XVII y en los tipos literarios de nuestra literatura clásica y

86. LAÍN ENTRALGO, Pedro. «Amor amargo», en *La Generación del 98*, op. cit., 183-288.

87. *Ídem*, 215. En las páginas siguientes desarrolla Laín Entralgo las singularidades de cada una de estas cinco características que lee en *En torno al casticismo*.

88. *Ídem*, 228.

89. *Ídem*, 226-227.

90. *Ídem*, 227.

91. *Ídem*, 237.

castiza»⁹². Sin embargo, a finales del siglo XIX, estima Unamuno, esos caracteres se habrían adulterado de modo que el español apenas participaría de un cúmulo de atributos que descubren, escribe Laín Entralgo, cómo la casta histórica llevó a «corrupción las virtudes y a mezquina extremosidad los vicios»⁹³. La lectura del intelectual turolense arroja la siguiente relación de rasgos apreciables en el español moderno: la envidia, que deriva del dogmatismo; el odio, del individualismo; mientras que perduran el donjuanismo y la avaricia espiritual⁹⁴. De otra parte se señala asimismo en *La Generación del 98* cómo la respetabilidad que antaño distinguiese a los castellanos degeneró en «gravedad hinchada y estúpida»⁹⁵, cómo el maniqueísmo detentaba la vida política, y cómo las capas más humildes descubrían su obcecación en una pretensión de inmortalidad acentuada por el orgullo.

No obstante su clarividente tino, la exposición que Laín Entralgo ofrece acaso pudiera parecer excesivamente abreviada. La materia que *En torno al casticismo* atesora da pábulo a una observación más pausada de las peculiaridades psicológicas que Unamuno acomete. Luciano González Egido ha puesto de manifiesto el valor literario de esta obra, su custodia de las semillas del estilo unamuniano que con los años tomaría frondoso cuerpo⁹⁶, y, naturalmente, la significancia de las metáforas con que Unamuno exorna sus argumentos y que no se reducen, ni muchísimo menos, a las imágenes marina y cósmica. La metáfora, que es seña de identidad del estilo unamuniano, se muestra desde los primeros párrafos de la obra que inaugura su producción literaria, v.g. en la metáfora de Burns (9) o en la metáfora química (44). La sofisticación estilística de los textos de Unamuno ha sido advertida por Luciano González Egido, quien avisa que «Unamuno se creó un código de signos»⁹⁷ que dificulta la correcta lectura de su obra. En otro ensayo, González Egido reflexiona acerca de las metáforas unamunianas y opina que «Buscar a Unamuno a través de sus ideas es más complicado y más peligroso que buscarlo en sus palabras, sobre todo si se piensa que le interesaban más las palabras que las ideas»⁹⁸. En efecto, metáforas hay en *En torno al casticismo* que pueden dar pie a las más precisas exégesis de los pensamientos de nuestro autor, mas ello no debería postrar una lectura semántica de esta obra⁹⁹. En sus ensayos de 1895 acopia

92. *Ídem*, 270.

93. *Ídem*, 271.

94. Loc. cit.

95. *Ídem*, 272.

96. Cf. GONZÁLEZ EGIDO, Luciano. «Introducción», *op. cit.*, 12-13.

97. GONZÁLEZ EGIDO, Luciano. «Leer a Unamuno», *Cuadernos Hispanoamericanos*, CDXI-CDXLI (1987), 17-29, 19.

98. GONZÁLEZ EGIDO, Luciano. «Una metáfora esencial de Unamuno: "como el crecer de las encinas"», *Anuario de Estudios Filológicos*, IV, 1981, 129-149, 129.

99. Para un análisis semantista de la prosa de Unamuno *vide* WRIGHT, Roger. «La estructura semántica de la "razón" en *El sentimiento trágico de la vida*», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, XXIV, 1976, 69-103.

el autor un sinnúmero de sustantivos y adjetivos mediante los cuales va espigando los caracteres nacionales del español. Como el mismo Unamuno reconoce en el penúltimo párrafo, *En torno al casticismo* es una «especie de sarta sin cuerda, en que se apuntan muchas cosas y casi ninguna se acaba» (167), por lo que su definición de la psicología nacional se precipita abigarradamente sobre la lectura en un alud de sustantivos y adjetivos. En el ingente acopio de adjetivos también repara Luciano González Egido, quien estima:

Encontramos una abundante riqueza adjetival, que contradice su posterior fama de sequedad y de penuria expresiva («cielo agonizante», «sol entero», «castiza monarquía cenobítica y austera», «el honor más macizo y brutal, más natural y plebeyo», «despeñaderos mórbidos», «ahincada complacencia», «la sabiduría lenta de la tierra») y, en general, una densidad verbal que intensifica la fuerza dialéctica del texto¹⁰⁰.

Siquiera el retrato unamuniano del español haya pasado desapercibido desde la reimpresión del trabajo de Laín Entralgo y no haya inspirado trabajos críticos que en él se centren monográficamente, retiene una sobrada significación por varias razones. En primer lugar, porque, si bien hoy es notorio que las ideas de Unamuno evolucionaron, sabemos a ciencia cierta que, como ha apuntado José Miguel Fernández Urbina¹⁰¹, la mayoría persisten en lo esencial; en palabras del mismo Unamuno en la «Advertencia preliminar» con que en 1916 prologaba sus ensayos *En torno al casticismo*, aunque «me han entrado muchas veces ganas de introducir en ellos sustanciales alteraciones [...] En rigor, desde que empecé a escribir he venido desarrollando unos pocos y mismos pensamientos cardinales» (31). Ciertamente, Unamuno pudo trastocar o matizar su convencimiento inicial de la necesidad de europeización, pero el análisis de la formación de los caracteres nacionales en el transcurso de la historia y la agraz denuncia del marasmo de la España decimonónica constituye la base de posteriores pensamientos cardinales¹⁰². En la sucesión de las obras de Unamuno y de Ganivet que aquí he llamado fundacionales, *En torno al casticismo* desbroza las peculiaridades hispánicas, como después haría Ganivet en la casi totalidad de sus obras¹⁰³.

7. RETRATO PSICOLÓGICO DE LOS ESPAÑOLES

La riqueza verbal, la fuerza dialéctica que destaca González Egido (*supra*), no se reduce a los adjetivos, sino que acrecienta su flujo con un pantagruélico caudal de sustantivos. El ingente acopio de sustantivos y adjetivos, en sus diversas nomenclaturas, perfila paulatinamente, incido en ello, la evolución del carácter nacional

100. GONZÁLEZ EGIDO, Luciano. «Introducción», *op. cit.*, 13.

101. Cf. FERNÁNDEZ URBINA, José Miguel. *Los vascos del 98: Unamuno, Baroja y Maeztu*, San Sebastián: Bermingham, 1998, 64.

102. Cf. LAÍN ENTRALGO, Pedro. *Op. cit.*, 241: «De por vida guardó fidelidad a este diseño».

103. Cf. ARDILA J. A. G. y GANIVET V. Ángel, *op. cit.*

español en tres tiempos que coinciden con los capítulos de *En torno al casticismo*: luego del capítulo introductorio en que se definen los conceptos clave para el entendimiento del libro, el capítulo II «La casta histórica Castilla» deslinda los rasgos del castellano rural; el capítulo III «El espíritu castellano» analiza el arraigamiento de esos rasgos en los siglos de oro; el capítulo IV «Mística y humanismo» examina los rasgos eternos de los caracteres españoles, y el capítulo V «Sobre el marasmo actual de España» trata de la catalización de esos rasgos.

El capítulo II «La casta histórica Castilla» examina el efecto que el entorno obró en el castellano, saltando a la vista la impresión que las planicies salmantinas causaron en el inmigrante vizcaíno. Repara Unamuno en los «campos ardientes, escuetos y dilatados, sin fronda y sin arroyos» (74) y en el frío que exige de una «capa [que] crea una atmósfera personal» (74). De ese paisaje llano y pelado y de ese clima extremo es consecuencia directa la «complexión tostada por el sol, curtida por el frío» (74), una complexión que en su fondo psicológico es «seca, dura y sarmentosa» (78). Mas el castellano queda retratado aquí por medio de sustantivos acompañados de adjetivos adyacentes: el «continente» es «sobrio» (78), los «movimientos» son «calmoso[s]» (78), en la «conversación» es «pausado y grave» (78) «silencioso y taciturno mientras no se le desata la lengua» (78), el «humorismo» es «grave y reposado, sentencioso y flemático» (78). A fin de ilustrar los rasgos de la casta histórica, Unamuno recurre a dos representaciones artísticas de la misma: la música y la pintura. En cuanto a la música describe «sones burilados» (79), el «monótono tamboril o pandereta» (79), califica el «tiempo de reacción» de «largo» (79) y repara en los «oídos poco aptos para apreciar matices de cadencias y semitonos» (79). Denuncia después la «pintura realista, de un realismo pobre en matices» (79), donde pervive el «lienzo de gran pobreza de tintas y matices» (79); como ejemplo de ello recurre a Velázquez, que pinta «hombres enteros», «de una pieza», «rudos y decididos» (79). Concluye Unamuno que el entorno castellano ha conferido a sus gentes un «espíritu cortante y seco» (85), un «realismo vulgar y toscó» (85) y un «idealismo seco y formulario» (85), si bien perviven un «idealismo quijotesco» (85) y un «realismo sancho-pancino» (85). En este capítulo el léxico referente al carácter nacional es, por lo general, sarta de sustantivos a que califican adjetivos, de los que puede extraerse como conclusión que el clima y el paisaje castellanos engendraron sobriedad en las formas, lentitud en las actitudes, pobreza en la percepción y una mezcolanza de idealismo quijotesco y realismo sancho-pancino.

Comienza «El espíritu castellano» retomando la dicotomía idealismo-realismo con que se cerró el capítulo anterior. El espíritu castizo, proclama Unamuno, es una suerte de talante disociativo que no alcanza la armonía de lo ideal y lo real (91). Unas páginas más adelante se incide en la «disociación entre idealismo y realismo» (94), en la existencia de un «espíritu disociativo, dualista, polarizador» (94): el ingenio es incapaz de conciliar una «grandeza inicial» (92) con «poca calma» (92) y «poca atención» (92) para desarrollar las ideas; las «altísimas concepciones» (92) son, no obstante, «pobres» (93); se percibe una «flaqueza del ingenio» (93), pues la «brillante y fogosa imaginación» (95) que propicia el esplendente sol es, asimismo, «seca, reproductiva más que creadora» (95) como el paisaje mismo que el escaldante

sol reseca. También se deja constancia de cómo «todo es claro, recortado, antinebuloso» (95): «el pueblo es fanático, pero no supersticioso» (95), prevalece el «monoteísmo semítico, no [el] politeísmo ariano» (95), es notoria la «poca capacidad de expresar» (96) que «lleva al desenfreno colorista» (96), como también es apreciable la «enorme uniformidad y monotonía» (96) que refleja la «ampulosa amplitud de estepa, de gravedad sin gracia, de periodos macizos como bloques, o ya seco, duro y recortado» (96).

En la siguiente sección del capítulo III se ilustra todo lo anterior por medio de los personajes del teatro áureo, que, debido al carácter de los dramaturgos, «se hacen más por cristalización que por despliegue orgánico» (97). Llamen la atención de Unamuno los «conflictos entre dos deberes» (97) que dominan los temas teatrales, la «dualidad de resoluciones» (97), la cohabitación de «fatalismo y librearbitrismo» (97), los «caracteres simples, bravíos y eternos» (97), el «libre albedrío» (97), las «almas tenaces e incambiables» (97) porque se resisten a cambiar, el «anarquismo» es «igualitario» y «absolutista» (97), la «justicia» es «primitiva» (97) y pone a Pedro Crespo como ejemplo de rey «cruel» y «justiciero» (97). Cita en esta altura Unamuno al alemán Rasch, quien califica a los españoles de «codiciosos e indolentes» (100), «cruels y sanguinarios» (100), y a Menéndez Pelayo, que denuncia que «no hay término medio entre el caballero y el pícaro» (100). Los extremos explican la remisión al esfuerzo, que da en el «horror al trabajo» (100), en la «holgazanería» (100), en una «voluntad que se abandona indolentemente» (100).

Sancho Panza figura en la galería de personajes literarios, junto a los teatrales, por su carácter «pacífico, discreto, codicioso» (102), y es ejemplo de «resignada indolencia y medida parsimonia» (103), que son cúmulo de cualidades hacinadas en la más desconcertante de las incongruencias, por razón de la disociación de extremos. Esta acumulación de contrariedades propicia la conformación de un «alma castiza, belicosa e indolente» (104), que pasa «del arranque a la impasibilidad» (104), y que son contradicciones que engendra la lucha prolongada durante siete siglos. En Sancho han cristalizado ya los efectos que la Reconquista produce en la configuración de la psicología nacional. Amén de los anteriores, la Reconquista amasa dos de las peculiaridades más distintivas de los españoles: el honor y el sentido religioso. La guerra contra los musulmanes se caracterizó, sugiere Unamuno, por dos necesidades perentorias: la lealtad y la igualdad. Estos condicionantes hacen a los amantes (ejemplificados por los de Teruel) «sombrios en ternezas y blanduras» (105) y horros de un «sentimentalismo oscuro» (105). La sociedad comienza de esta suerte a parecer una «democracia frailuna» (109), donde «holganza y pobreza es espórtula y braveza» (109), solidificándose de este modo el «menosprecio del trabajo» (109) de que son adalides los «amantes de la guerra y la holganza» (109). Cuaja, por tanto, un «absolutismo» (109) que da en el «ordenancismo» (109, 110) que protege la fe en el libre albedrío y que conduce al sofoco de las libertades civiles. La monarquía como institución hará las veces de garante y protectora de la nobleza y de la honra como valores nacionales. Y la conservación del «buen nombre» (110) y la «nobleza» (110) será la misión vital de los hombres. Surge, pues, un «honor más macizo y brutal» (114), de «caballeros más brutales y menos tiernos» (115) en un país que, paradójicamente, es «el país más católico» (115), donde se afirman dos mundos: «Dios»

(115) y el «Diablo» (115), que ejemplifican la endémica disociación del español, con que Unamuno cierra el capítulo III, observando una vez más la dicotomía realismo-idealismo (119).

Frente a la acumulación de adjetivos del capítulo II, se percibe en el III una proliferación de núcleos sustantivos que designan una cualidad o rasgo característico del español: «ingenio» (92), «genio» (92), «disociación» (94), «imaginación» (95), «uniformidad» (96), «monotonía» (96), «libre albedrío» (97), «anarquismo» (99), «holgazanería» (100), «indolencia» (103), «parsimonia» (103), «caridad» (104, 104), «lealtad» (109), «llaneza» (109), «absolutismo» (109), «ordenancismo» (109). Estos sustantivos se acompañan, a las veces, de adjetivos calificativos que matizan el rasgo; no obstante, en la definición del carácter nacional que pretende el autor, la sustantivación de las cualidades implica un esfuerzo volitivo por definir la conformación de los atributos que se fueron plasmando en el capítulo II. Esta progresiva expresión de las cualidades nacionales, desde el adjetivo hacia el sustantivo, es paralela a la secuencia según la cual se fija el carácter nacional: 1) Castilla, 2) castellanización de España en los siglos XVI y XVII, y 3) conformación en el siglo XIX.

El capítulo IV «Mística y humanismo» revisa la acomodación del humanismo en España y, como consecuencia de ello, la configuración del misticismo «al procurar [el español] dentro de sus pasiones con ellas negarlas, asentar su individualidad sobre la renuncia de ella misma. Tomó por filosofía castiza la mística, que no es ciencia, sino ansia de la absoluta y perfecta hecha sustancia, hábito y virtud intransmisible, de sabiduría eterna» (124). Sería la mística, en definitiva, hija de la relación entre la holgazanería hispánica y los aires científicos del humanismo, que se materializa en el prurito nacional por «conquistar con trabajos pero sin trabajos» (124). Irónicamente, Unamuno define el humanismo español por medio de expresiones antitéticas que ponderan las particularidades españolas adquiridas en épocas anteriores: «no construyen filosofía propia, ni toman la ajena» (124), y «corrían tras la ciencia conseguida sin trabajo» (127). Adjetiviza en este capítulo sustantivos para definir el misticismo como espejo del alma española: «desmesurado [es] de las aspiraciones y pequeño de realidad» (126), la «mística es austera y militante» (132), y el hombre místico, «más estoico que epicúreo, varonil» (132), de un ideal «malicento y triste» (132), «clasicista y hebraizante» (140). Sin embargo, prolifera muy especialmente la sustantivación de las cualidades hispánicas, acaso en mayor medida que en el capítulo III. Define al místico como el producto de los sustantivos «individualidad» y «libre albedrío» (124), y destaca en el español sus «hipertrofías morales» (133), su «quietismo egoísta» (133), su «alumbrismo brutal» (133) que da en la «holganza y el hartazgo» (133) y, por degeneración, en el «anegamiento del intelecto» (133) y la «grosería sensibilista» (133), el «sentimiento de individualidad» (144), el «sentido sancho-pancino de las realidades concretas y de la distinción entre lo sensible y lo inteligible» (144) y «un quijotesco anhelo a ciencia final e infinita» (144).

En el último de los capítulos, «Sobre el marasmo actual de España» se concretan los caracteres nacionales por medio, eminentemente, de la sustantivación de las peculiaridades hispánicas que, además, se matizan por medio de adjetivos calificativos.

Así, luego de denunciar el «espíritu militante ordenancista» (150) y la «confianza en las energías epilépticas improvisadas» (150), se señala el «horror al trabajo» (150), la «falta de personalidad» (151) del «individuo egoísta» (151), la «insubordinación última y [el] atomismo salvaje» (151), el «maniqueísmo intraoficial» (151), la «monotonía» (151), la «atonía» (151), la «ingente ramplonería» (151), la «tendencia disociativa» (151), el «conceptismo militante y dogmático» (153), la «pobre conciencia colectiva homogénea y rasa» (154), la «ramplonería comprimida» (154), la «enorme trivialidad» (154), la calidad de «páramo intelectual» (154), el «rancio espíritu de intolerancia» (154), la «anemia mental» (155), cómo se pasa «de lo basto a lo cursi» (160), la «mayor ignorancia» (160), la «semiciencia presumida» (160), la «presunción» (160), la «abulia para el trabajo modesto» (161), la «extrema pobreza de ideas» (161), la «propensión a la basta ordinariez» (161), la «miseria espiritual» (161), el «pólipo político» (161), el «neoconservatorismo diletantesco y [el] aseñoramiento con golpes plutocráticos» (161). Asoman aquí también las expresiones antitéticas: «no hay frescura ni espontaneidad» (154), «no hay juventud» (154, 155), «falta el heroísmo de Carlyle» (155), «no hay espíritu de asociación» (158).

8. CONCLUSIONES

En definitiva, el inmenso tropel de sustantivos y adjetivos que Unamuno vierte en sus pliegos es susceptible de sintetizaciones, como la de Laín Entralgo (citada *supra*), que descubran con mejor o peor fortuna el bosquejo psicológico del español que en ellos se expone. En mi opinión, el parecer del rector salmantino podría ordenarse con arreglo al siguiente prontuario:

1. La vieja casta de Castilla adquiere su fisonomía psicológica merced a la extremosidad del clima y a la monótona ampulosidad del paisaje, siendo sobriedad, sencillez, monotonía e incapacidad creativa sus principales rasgos psicológicos.
2. La larga Reconquista produjo: holganza, indolencia, absolutismo ordenancista, religiosidad, individualidad, obsesión por el honor y brutalidad.
3. Los siglos XVI y XVII dan forma a: individualismo, grosería, anarquismo, simpleza, llaneza, lealtad, inexpressión intelectual y la disociación de ideas que da en el fatalismo y el librearbitrismo, la tenacidad y la indolencia.
4. Todo lo anterior se configura en el siglo XIX como: holgazanería, individualismo¹⁰⁴, anarquismo, ramplonería, tendencia disociativa, dogmatismo, intolerancia¹⁰⁵, presunción y abulia.

104. Acerca del individualismo en la obra de Unamuno remito al lector a Carlos Díaz, «Unamuno y el individualismo hispánico», *Arbor*, DIV, 1947, 55-64, donde se afirma, por ejemplo, que «el español es individualista y sin personalidad» (57).

105. En que se incluiría la envidia. Sin embargo, Unamuno no desarrolla en esta obra su percepción de la envidia, acerca de lo cual remito a SINCLAIR, Alison. «Envy: Reconstruction and Destruction of Maternity in *La tía Tula*», en *Uncovering the Mind. Unamuno, the Unknown and the Vicissitudes of Self*, Manchester: Manchester University Press, 2001, 140-152.

Es evidente, pues, que Unamuno concibió y compuso sus ensayos *En torno al casticismo* con el propósito de espigar el carácter nacional de los españoles (tomando como referencia a los castellanos), como él mismo declara en el texto (*supra*), a fin de denunciar las causas del marasmo que España sufría en los años previos a la fazfiriente hecatombe militar en 1898. Unamuno se entrega a este ejercicio etnográfico contemplando la psicología nacional en sincronía, atendiendo a la catalización de los rasgos a lo largo de los siglos, característica esta que distingue su taxonomía de las propuestas por otros noventaiochistas como Ganivet y Maeztu¹⁰⁶. Así se puedan tildar las ideas que Unamuno expresa de sarta inconexa de observaciones, más o menos sagaces, acerca del alma española, lo cierto es que en *En torno al casticismo* se percibe ese misticismo irracionalista y anticientifista que Unamuno asumió a principios de 1895 y que en la lectura de estos ensayos se percibe una coherencia en la adjetivación y sustantivación de los conceptos que se presentan.

De una parte, *En torno al casticismo* es, como apunta Blanco Aguinaga (*supra*), una obra de propósito socialista. Aquí renuncia Unamuno, socialista convencido, al cientifismo a la burguesa de que acusa a los socialistas españoles y toma como perentoria referencia de la historia de España el pueblo llano que hace la intrahistoria. Urrutia ha reparado en cómo Unamuno atribuye a los caracteres nacionales la decadencia política de España, por ser, a consecuencia del casticismo, «un país con una pobrísima [sic] conciencia colectiva y ausencia de verdadero espíritu de asociación»¹⁰⁷. Este mismo crítico ha advertido asimismo las críticas que Unamuno vierte sobre la Inquisición porque «impidió que brotara en España la Reforma, con su enorme riqueza de sectas, y que Unamuno relaciona con la falta de *libertad íntima* que nos inmoviliza impidiéndonos progresar»¹⁰⁸, a pesar de lo cual Unamuno proclama «una confianza casi absoluta en ese “pueblo nuevo” intrahistórico»¹⁰⁹. Así pues, en *En torno al casticismo* se reprueban los valores tradicionalistas españoles y se ensalza el valor del pueblo llano. El socialismo de esta obra reside en que, luego de culpar implícitamente al tradicionalismo por el marasmo nacional, proclama que habrá de ser el pueblo, los trabajadores, quienes, libres de las rémoras del tradicionalismo, forjen un futuro mejor para España, que la acerque a la Europa de las sectas protestantes y los trabajadores; esto es, en la terminología unamuniana, que quienes hacen la intrahistoria, que es la verdadera historia, se acerquen a la tradición eterna.

De otra, la ya vigorosa prosa de Unamuno se carga en esta obra de adjetivos y sustantivos que pormenorizan los caracteres nacionales. La predominancia de adjetivos en el capítulo II, la incipiente sustantivación de cualidades que se inicia

106. Vid. ARDILA, J. A. G. y GANIVET V., Ángel, *op. cit.* y ARDILA, J. A. G. «La peculiaridad psicológica del español según Maeztu», *Revista de Literatura*, LXII, 124, 2000, 481-500.

107. URRUTIA, Manuel M.^a *Op. cit.*, 59.

108. *Ídem*, 60.

109. *Loc. cit.*

en el capítulo III y que se torna contundente en los capítulos IV y V constatan un esquema probablemente consciente y premeditado, que fluye paralelamente al desarrollo histórico del carácter nacional.

En consecuencia, hallamos en *En torno al casticismo* la palmaria expresión del análisis etnográfico de la realidad española de los años anteriores a 1898, que había ensayado Ganivet en *España filosófica contemporánea*, que después de los ensayos *En torno al casticismo* seguiría Ganivet con su *Idearium español*, y a que pondrían colofón ambos escritores en *El porvenir de España*, donde el tenor etnográfico es detrimentado en beneficio del politológico.

